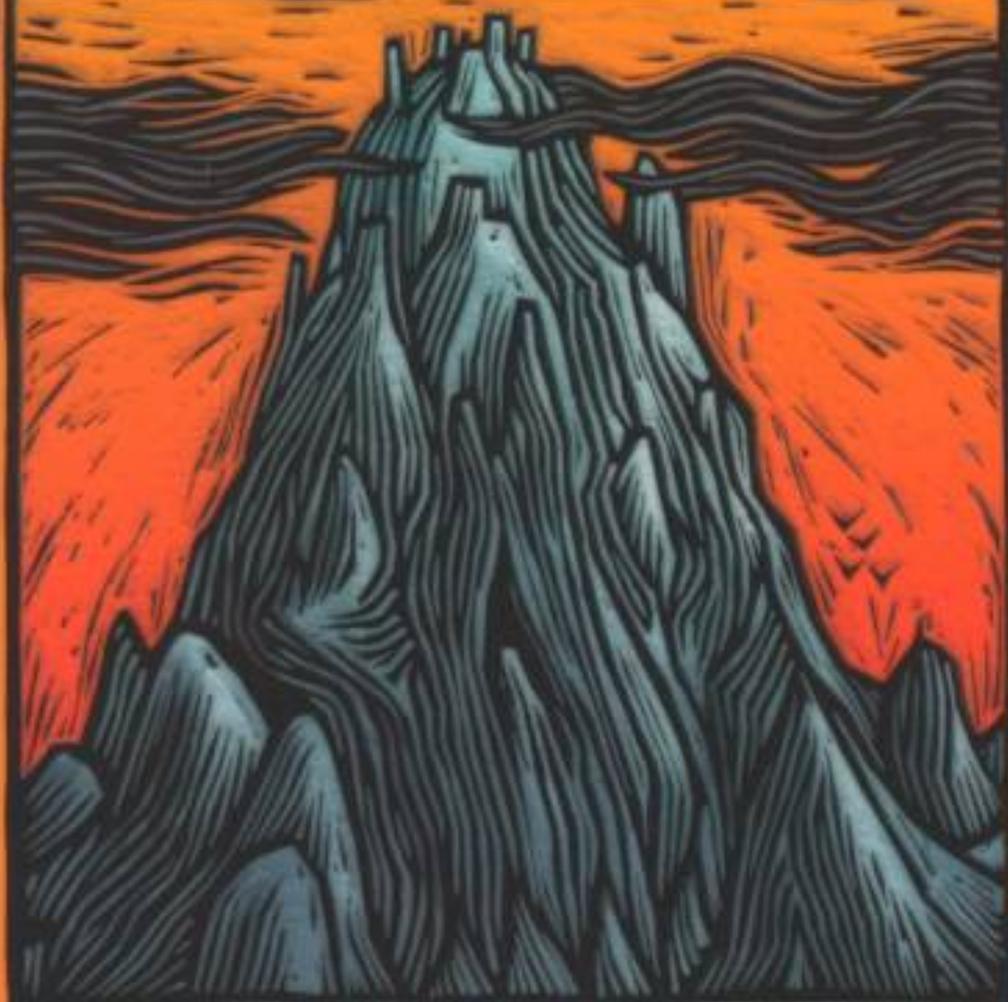


CARLOS SISI



INIGROMANUN

BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

Entrerríos se está convirtiendo en un lugar inhabitable. Las cosechas empeoran cada año, la caza escasea, la tierra se pudre e incluso se ha visto deambular a la mujer fallecida de Moneke Gaard. Sus habitantes lo saben pero temen decirlo: un nigromante se ha asentado en La Entraña, al otro lado de las cumbres Quebrantahuesos, y está poniendo en peligro todo cuanto conocen. El hijo de Steur, jefe de la aldea, acaba de desaparecer y un grupo de granjeros saldrá en busca del nigromante. Armados con poco más que cuchillos y martillos, se enfrentarán a un mal incomprendible, mayor de lo que podrían imaginar. Un antiguo secreto, oculto bajo la tierra, por fin despierta.

Para mi madre, Chyta Cavia de Sisi,
el ser humano más extraordinario que he
conocido
en este y otros mundos.

ASAMBLEA DE HOMBRES

I

Miles Steur miraba hacia el enorme roble con los ojos entornados; en su rostro acechaban un sinfín de líneas que, alejándose y aproximándose sobre la piel, se cruzaban de forma aleatoria formando un laberinto de esquinas y precipicios. Su expresión, por esto, era dura y lejana. Las musculosas piernas, como talladas en barro ancestral, se asentaban en el suelo por debajo del faldón, y las manos grandes y transitadas por incontables cicatrices reseca se acomodaban en las caderas, por encima del chaleco forrado de piel de conejo.

Era alto, mucho más de lo que solían ser los hombres; su elevada estatura ondeaba como un estandarte que gritara, a quien se cruzase en su camino, que Miles pertenecía a tierras y familias lejanas, y aunque nadie en Entrerríos conocía su verdadera edad (y ninguna medida de alcohol había podido nunca sonsacársela), todos creían, erróneamente por cierto, que había vivido más, mucho más, que los ancianos. El chaleco que llevaba parecía al menos casi tan viejo como él, y sus costuras, mil veces remendadas, estaban tan gastadas como las piedras de los caminos. Su cabello era una desgredada mata de pelo largo y rubio que se desparramaba, confuso, a ambos lados de la cabeza cayendo sobre los hombros como raíces en el desierto. Limpio, respondía a la luz del sol con destellos auríferos, pero ahora

tenía el color desvaído del maíz viejo. La poblada barba tan solo dejaba al descubierto unos minúsculos y hundidos ojos grises, fríos como el hielo de los inviernos más duros, que coronaban una nariz afilada. Cuando valoraba algo, solía mecerse de manera automática hacia uno u otro lado, como si el discreto vaivén consiguiera cimentar de manera incuestionable la raíz de su juicio.

—Hay que hacerlo —anunció al fin.

Wáriner Venorian, que recibía su apellido en honor a la pequeña ciudad costera en la que su madre lo engendró, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó escapar un leve bufido.

—Es mucho trabajo —respondió como para sí.

Sin embargo, el comentario era un puro formalismo que sonó, a oídos del propio Wáriner, vacío e insignificante. Una apenas perceptible sonrisa modificó el dibujo de sus labios; lo sabía: daba igual cuánto trabajo supusiera, e incluso la opinión del resto de los habitantes de Entrerríos o de la Asamblea al completo: si Miles decía que había que hacerlo, se haría. Y la razón caería de su lado como tantas otras veces.

Aquel roble era antiguo. Estaba allí mucho antes de que los padres fundadores instalaran las primeras cabañas, construidas con tepes y rocas. El tronco, de una madera oscura y recia, tenía un grosor notablemente superior al de los árboles de la misma especie que se podían ver en la zona; las ramas, cuarteadas por abundantes fisuras, se elevaban hasta una frondosa copa bajo la que todos los habitantes de la comarca sin excepción se habían detenido en innumerables ocasiones, cuando regresaban del Llano, a disfrutar de la sombra perpetua que propiciaba. Tan solo en las lindes del bosque de la Azada, varias cuadernas al sur, se podían encontrar algunos ejemplares similares.

Era un árbol magnífico y un símbolo para Entrerríos, por lo que pensar en desarraigarlo de la tierra que le había dado su ser rozaba la blasfemia. Sin embargo, hacerlo les

ahorraría tiempo y esfuerzo al no tener que dar un rodeo colina arriba con los carros para volver a bajar, varios metros más allá, cada vez que necesitaran tomar el camino del cerro. Era una decisión práctica y ventajosa para todos.

—La madera hará buenas herramientas —prosiguió Miles, pensativo—, y el resto nos vendrá bien para alimentar los hogares en el invierno. Arderá durante mucho tiempo. Este año será duro.

Wáriner asintió. Todo en el ambiente vociferaba los peores augurios: el viento soplabla implacable desde el norte y los escasos pájaros que aún anidaban en la zona habían iniciado una migración temprana y apresurada. Se los podía observar, día tras día, surcar el cielo entre graznidos como sonoras advertencias cuyos ecos se perdían en los límites del horizonte. El verano había sido corto, y la cosecha, a pesar de la rotación trienal, otra vez peor que la anterior. Siempre peor que la anterior, en un ciclo maldito que estaba minando la resistencia de todo el mundo. Los nabos eran esmirriados y tenían un sabor insípido, las lentejas, judías y garbanzos eran duros como los guijarros y apenas daban para sopas aderezadas con venado cuando podían dar con uno. El resto del tiempo tenían que contentarse con guisos espesos de cebada y, cuando el hambre apretaba, pescado sacado del río; algo que por lo general se reservaba para los débiles y los enfermos.

—Me vendrá bien una reja para el arado —dijo Wáriner, pasándose una mano por la barba—. Con una madera así no creo que haya que endurecerla con fuego.

—Ya veremos —respondió Miles dándose la vuelta para emprender el camino de regreso—. Esta noche lo comentaremos en la Asamblea. Trataremos de sacarlo mañana.

Wáriner se quedó mirando el roble durante unos segundos todavía. ¿No había sido allí mismo donde había besado a su mujer por primera vez durante una de las celebraciones de primavera? Le parecía que sí. Recordaba que él iba masticando un poco de carne ahumada en salazón

mientras la perseguía con los ojos encendidos por la lujuria de la juventud. ¡Carne! Por aquel entonces la caza era todavía abundante, y hasta le parecía recordar que mientras él introducía una mano por debajo de las túnicas superpuestas de ella, sintiendo que su corazón se desbocaba y el bajo vientre le ardía en furiosos ramalazos de deseo carnal, pudo oír los movimientos furtivos de un par de conejos que pasaban junto al camino. Ese tipo de cosas habían desaparecido de los alrededores de la aldea.

Sí, el roble era una especie de símbolo de tiempos mejores, aunque nunca hubiera sido consciente de ello.

II

Las familias en Entrerríos hacían las comidas todas juntas, en especial los Boeke, Steur, Venorian y los Gaard, que rara vez se perdían una. La familia Hylas y los rudos y numerosos Augia del borde septentrional rara vez acudían a tales reuniones, a menos que las cosas les fueran muy mal; entonces aparecían ceñudos portando, sobre todo, leña para el fuego, carbón, o cerveza de malta de cebada, lúpulo y levadura. Era, al fin y al cabo, una manera tan buena como cualquier otra de ahorrar valiosos recursos.

Esa noche, casi todas las familias estaban presentes, incluso los Garran, a los que nunca se los había visto por allí. Cuando Miles los vio aparecer, supo que tras la cena se solicitaría Asamblea, y sabía muy bien cuál sería el motivo.

Sacudió la cabeza y se sentó a la mesa entre los hombres.

—El olor ha vuelto, Miles —dijo Arran Augia tan pronto como aquel tuvo su plato delante. Los otros se miraron; hacía tiempo que habían acordado que no se hablaría de ningún asunto relevante durante la comida, pero nadie dijo

nada. Arran era el patriarca de la familia y conocía demasiado bien las normas como para hacerle una indicación tan obvia.

Miles sacudió la cabeza, incómodo.

—No hemos tenido mal olor por aquí, Arran —exclamó.

—Es espantoso allí donde vivimos —aseguró el patriarca de la familia de los Augia.

—El otro día me pareció olerlo cerca del río, en el recuerdo de la Roca del Zorro —exclamó uno de los jóvenes.

—Allí lo tienes —dijo Arran, golpeando la mesa con su cucharón de madera.

—¿No puedes esperar a la Asamblea? —preguntó Miles—. Estamos comiendo, y no es momento.

—La última vez hablamos de cosas poco importantes, ¡me parece! —repuso Arran alzando la voz—. Y queremos aclarar este punto. Nuestra familia quiere terminar con el problema, ¡o solicitaremos una ordenación de las tierras!

El comentario hizo que todos comenzaran a hablar de forma atropellada, visiblemente enardecidos. Los comensales en el resto de las mesas, incluso la de las mujeres y los niños, se volvieron para mirar qué ocurría; algunos incluso se levantaron de sus asientos.

Miles se puso en pie y extendió los brazos hacia el frente mientras bramaba pidiendo silencio. Después de solo unos instantes comenzaron a calmarse.

—¡No habrá ordenación de tierras! —exclamó el viejo Acelin, de la familia de los Gaard.

—¡Basta tú también, viejo! —chilló Miles, airado.

Los hombres volvieron a sus platos de sopa; hundían las cucharas en ella y devoraban ceñudos, intercambiando miradas preñadas de susceptibilidad. Miles, sin embargo, tardó todavía unos momentos en sentarse en su asiento.

—¡No habrá discusiones durante la comida! —exclamó entonces, iracundo—. ¡No delante de las mujeres y los niños! ¡Así es la Ley!

Arran no daba cuenta de su sopa; permanecía inmóvil con el cucharón cogido con fuerza en el puño cerrado, a modo de arma. Sus rasgos duros parecían aún más acusados que de costumbre por la rabia que lo recorría. Miles le dedicó una mirada severa.

—¡Y tú, Arran Augia, a ti te digo —continuó diciendo, en alto un dedo acusador— que serás amonestado por alterar el orden durante la comida! ¡Tres docenas de huevos deberás entregar al almacén común, y una hogaza!

Arran se levantó furioso, los dientes expuestos como los de un animal.

—¡No una, sino tres hogazas te meteré en el pecho abierto si te pongo la mano encima, Miles Steur! —gritó—. ¡Esa es mi respuesta!

Volvieron a enzarzarse en una colérica discusión. Aunque la mayoría increpaban a Arran por su comentario y defendían su derecho a una cena tranquila, unos cuantos parecían estar de acuerdo con su petición (en especial los Hylas) y se agarraban de la ropa y se zarandeaban, con las miradas aviesas y los dientes expuestos; el salón se llenó de voces graves, tronando como si se germinase el prelude de una guerra. Uno de los platos de sopa terminó volcándose sobre la mesa, provocando aullidos de ira de cuantos lo vieron caer; echar a perder la comida era algo que escapaba de toda justificación.

—¡Asamblea! —gritaban unos y otros, golpeando los cuencos de agua y los cucharones contra la mesa—. ¡Asamblea!

Miles miraba alrededor. Las mujeres se habían retirado a una esquina y se las habían arreglado para llevarse consigo sus cuencos de sopa. Una de ellas había arrastrado uno de los largos candeleros donde sustentaban los rudimentarios candiles que alimentaban con aceite de cáñamo, temiendo quizá que una de las embestidas pudiera tirarlos por el suelo y hacer que prendiera la madera. Los niños se agarraban a sus vestidos, las cabezas escondidas entre las telas par-

cheadas de retales. Los cuencos, sacudidos por el ímpetu de la discusión, temblaban sobre las mesas, salpicando sopa. Miles no recordaba una situación así desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y se decidió a poner orden de la única manera que sabía: se subió sobre su asiento, un burdo taburete hecho de madera que el tiempo había pulido hasta dejarlo suave, e inspiró a conciencia. Su porte era poderoso; su altura y envergadura le proporcionaban una presencia difícil de ignorar, y vestido de todo ello se alzó y gritó. Una sola vez.

—¡BASTA!

Su voz se extendió por el salón con la contundencia de un trueno, y todo el mundo se congeló en su sitio, agarrados unos a otros. Los niños se apresuraron a arrebujarse detrás de las mujeres, y los más pequeños arrancaron a llorar. Durante unos instantes, ese fue el único sonido que se oyó en toda la sala. Con los líderes de las distintas familias inmóviles y expectantes, el llanto infantil confirió a la escena una cualidad aterradora.

Miles les prodigó miradas severas antes de continuar.

—La cena ha acabado —dijo—. Menos para las mujeres y los niños, que tienen permiso para llevarse el alimento y terminarlo en sus casas. Nosotros celebraremos Asamblea, y se celebrará como siempre ha sido: en orden. Las familias más antiguas hablarán primero. Y tú, Arran Augia, aguardarás tu turno.

Nadie dijo nada. Las mujeres, con la cabeza gacha, comenzaron a hacer salir a los niños. Se retiró la sopa y se recogieron los cuencos, pero no se lavaron y secaron al amor del hogar como de costumbre; se amontonaron en las estanterías entre cuchicheos velados.

Cuando las mujeres hubieron salido, los varones tomaron los taburetes y se distribuyeron en círculo en el centro de la estancia. Los candeleros fueron aproximados y las sombras cayeron con rapidez sobre las esquinas de la diáfana sala. En el hogar, el fuego ardía silencioso. Fuera, la no-

che avanzaba con rapidez, pero en el bosque el silencio resultaba casi sobrenatural; hacía demasiado tiempo que la población animal había ido desapareciendo de forma paulatina.

Miles se colocó en el interior del círculo; su cabello parecía dorado a la luz de las llamas.

—Tiene la palabra Acelin Gaard —dijo, ahora en un tono de voz mucho más calmado.

—¡Cedo mi turno de palabra a la familia de los Augia! —exclamó este.

Eso hizo que un murmullo recorriera el círculo de hombres. Tales cosas distaban mucho de ser habituales; el turno de palabra se aprovechaba, casi siempre, con esmero.

—Está bien —asintió Miles—. Estás en tu derecho.

Arran Augia se puso en pie y avanzó hacia el centro, hasta situarse al lado de Miles. Antes de hablar, como era costumbre, giró sobre sus pies para ofrecer su rostro ante el resto de los hombres. Algunos, también como era habitual, asintieron en silencio; reconocían así su derecho a hablar.

—¡El mal olor ha vuelto! —dijo entonces—. Al Norte, donde vivimos los Augia, el aire es casi irrespirable. Nuestros animales enferman, la cosecha no produce ni la mitad de la mitad de lo que obtuvimos en años anteriores, y aún esa cantidad es la mitad de lo que obteníamos en los buenos tiempos. ¿Quién recuerda ya los buenos tiempos?

—¡Yo no, por cierto! —exclamó Acelin.

—¡Ni yo! —añadió alguien más.

—La situación es grave —continuó diciendo el cabeza visible de los Augia—. Y lo que es grave ahora en el Norte lo será pronto aquí, en el Llano, eso os lo aseguro.

—¡Así es! —soltó uno de los Boeke.

—¡Tienes razón! —se apresuró a decir Acelin.

—Y ocurren otras cosas —continuó Arran entonces—. Los animales están marchándose o se han marchado ya. Ya no hay cabras en las cañadas, ni castores en el río. No hay ardillas saltando de árbol en árbol, ni zorros en el bosque.

Ni siquiera las truchas habitan el río, solo esos peces pequeños que tienen la piel roja y amargan. ¡Ni siquiera creo que sean buenos para nuestros enfermos!

—¡Y los osos pardos de las montañas! —gritó el gordo Tamblor Hylascon su retumbante voz grave.

—¡Y los venados y los jabalíes!

Miles levantó las manos para rogar moderación mientras Arran asentía, ceñudo pero satisfecho de encontrar apoyo en la sala.

—La cuestión es —siguió Arran—: ¿Cuándo haremos algo para averiguar qué ocurre? ¿Hasta dónde hemos de llegar? Mi hijo Centrix lleva enfermo tres lunas completas. Tose por la noche y su pecho suena como un nido de serpientes. Su piel es amarilla y rugosa como un odre. ¡Y yo digo que es el mal olor!

—¡Tu hijo siempre fue débil! —exclamó una voz.

—¡Centrix tiene el cuerpo de una mujer menuda! —proclamó alguien desde el lado donde se sentaban los Venorian.

Arran apretó los puños.

—Es posible que sea así —bramó enfadado—, ¡pero siempre ha contado con buena salud!

—¡Es el olor, sin duda! —lo secundó Acelin—. ¡Yo también lo noto!

—¡El viejo Acelin orina sangre! —exclamó Tamblor, elevando la voz por encima del murmullo general de la sala. Varios hombres rieron a la vez.

—¡Orden! —exclamó Miles—. ¡Orden a mi voz de mando!

Casi de inmediato, el silencio volvió a caer sobre el salón.

—Mucho se ha hablado sobre el olor —añadió Miles—. Y hasta hemos hecho un par de cosas al respecto, o al menos se han intentado, pero sin resultado. Hasta ahora nada hemos podido averiguar. ¡Nada, en verdad! ¿Qué preten-

des ahora de la Asamblea, pues? ¡A ti te pregunto, Arran Augia!

Este se volvió de nuevo para mirar a los hombres. Podía notar sus miradas inquisitivas y expectantes clavadas en él, y supo que todas las familias, sin excepción, estaban deseando que alguien les ofreciera un pequeño atisbo de esperanza, una idea. Algo.

—Creo que sé de dónde viene el olor —dijo entonces, hablando con cierta solemnidad.

El comentario arrancó un nuevo murmullo de voces superpuestas que se alzó en el silencio como el sonido de un enjambre de insectos acercándose. Miles no pidió orden; él mismo estaba demasiado sorprendido como para decir nada.

—¡Habla pues! —exclamó al fin, alzando la voz para hacerse oír.

Arran asintió; una pequeña sonrisa curvaba sus labios apretados.

—¡Yo digo que el olor viene de la Entraña! —proclamó.

Los hombres se quedaron callados por unos instantes, tan sorprendidos como asustados. ¡La Entraña! No se hablaba de la Entraña, no se pronunciaba su nombre. No se refería uno a ella como no fuera entre susurros y bajo la luz brillante del sol, allí donde la naturaleza, que era sinónimo de vida, exhibía sus mejores galas. La sola palabra se consideraba ominosa; la Entraña representaba la noche, la oscuridad, lo desconocido.

Miles fue el primero en reaccionar.

—¡Calla, imprudente! —exclamó furioso. Se acercó a él con los dientes apretados y los ojos hundidos revelando una rabia contenida. Durante unos interminables segundos, las miradas de los dos hombres se sostuvieron, encontradas.

—¡Pero tiene razón! —exclamó Acelin.

—¡Es posible! —añadió alguien más.

Miles se volvió hacia Acelin, todavía investido de la cólera que acababa de invadirlo. Había levantado los puños cerrados como si fuera a saltar sobre él y descargar una lluvia de golpes, pero en lugar de eso, apretó los dientes hasta que su piel adquirió la tonalidad de un pimienta y luego gritó con voz de trueno:

—¡No son cosas para tratar en un salón lleno de sombras oscuras en mitad de la noche!

El gordo Tamblor de los Gaard se incorporó de su asiento y bramó a su vez:

—¡Quizá por eso nos va tan mal, Miles Steur!

Por lo general, semejantes respuestas habrían provocado que toda la sala se abandonara a un nuevo intercambio de gritos y zarándeos; sin embargo, el corazón de la mayoría de los hombres estaba aún ensombrecido por la mención de la Entraña, y casi ninguno se atrevió a mover ni un solo músculo del cuerpo.

Ninguno, excepto el jovencísimo Baladar Steur y su compañero Maradian, de la familia de los Boeke, que por aquel entonces contaba con tan solo nueve inviernos. Ambos eran aún demasiado jóvenes para poder participar en una Asamblea, desde luego, pero cuando los niños fueron obligados a retirarse se las arreglaron para escabullirse entre las faldas de las mujeres y regresar a la sala. Estaban escondidos debajo de una de las pesadas mesas de madera, en uno de los laterales de la habitación. Estaban allí porque si algo había heredado el joven Baladar de su abuela era su poderosa intuición, y esta le había susurrado que aquella noche sería importante. Especial, incluso. Maradian, por su parte, hacía todo lo que Baladar sugería, sin importar le las consecuencias, o el riesgo que comportase, y cuando este se volvió hacia él con los ojos brillantes y febriles de emoción anunciándole su intención de colarse en la Asamblea, Maradian asintió lleno de entusiasmo y se dejó llevar, movido además por la esperanza secreta de poder sustraer al-

guna porción de carne extra, o quizá una medida de cerveza que los hombres tomaban en las ocasiones especiales.

—La Entraña... —susurró Baladar mientras un escalofrío de entusiasmo le recorría el espinazo.

—¿Qué han dicho? —susurró Maradian.

—¡Ssssh! —lo hizo callar su amigo. Era mayor que Maradian, apenas cuatro años, pero aparentaba mucho más, mucho más alto que el resto de los muchachos de su edad. Tenía, después de todo, la sangre de los Boeke corriendo por sus venas, y sus brazos empezaban a dejarse trenzar por músculos incipientes.

—¿Qué es la Entraña? —volvió a preguntar Maradian. Estaba tan nervioso como expectante; habían contravenido las normas de la aldea en más de una ocasión, pero aquella era la primera vez que se ocultaba junto con su amigo en una Asamblea. Y estaban ocurriendo cosas excepcionales: cosas importantes de verdad. Sabía que allí, en las penumbras del círculo formado por los hombres, se hablaría de ese tipo de cosas que nunca se trataban en presencia de mujeres y niños.

Cosas de hombres.

—¡Cállate! —susurró Baladar. No solo era muy consciente de que si los pillaban escondidos el castigo sería en extremo severo. No. Baladar sabía, además, cosas de la Entraña.

¡La Entraña!

Existía, en los lindes más occidentales de la cuaderna de Entrerríos, un grupúsculo rocoso que la tierra había vomitado a la superficie en los tiempos de la formación del mundo. Los animales no se acercaban, los pájaros no lo sobrevolaban, e incluso las plantas parecían reacias a crecer en sus proximidades. La tierra, por lo tanto, era gris y polvorienta, e incluso a cierta distancia los árboles que se atrevían a irrumpir en el suelo duro y pedregoso lo hacían con esfuerzo. Los troncos retorcidos eran pródigos en ramas nu-